

REVISTA ESPIRITISTA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS SICOLÓGICOS

RESUMEN

¡Si deseamos que impere la *Razon*, raciocinemos! — Disertaciones éspiritistas : Consejo. — La víctima es el verdugo. — Habla Alfredo Russell Wallace. — Invencion inspirada. — A muchos de los romanistas.

¡Si deseamos que impere la «Razon», raciocinemos!

Haz lo que debes, suceda lo que quiera.

Hoy, y por más que vivimos en un siglo que han dado en denominar del Positivismo, hoy es aún muy general seguir las huellas que en la marcha de la humanidad abrieron los siglos de la barbarie, los de la fábula, los del misticismo, intolerancia, reforma, etc., y toda idea nueva que chocha con las viejas nuestras, toda conviccion que no tengamos porque no la buscamos, y por no buscarla en el estudio no la poseemos, y olvidando lo que nos enseña el pasado de la humanidad, muestra inequívoca de lo falible que es el sér humano ; como á primera vista hiere ó se opone á lo poco ó mucho que sabe el hombre, toda idea nueva se la califica aún de locura, utopia, aberracion, y hasta necedad y majaderia hay quien suele llamarla.

Por el momento, no tratamos de aquellos que rechazan el Espiritismo, por que éste los maltrata en sus

intereses materiales, y, á la par que demuestra con claridad lo nefandó de las ambiciosas miras de dominio universal que abriga el sacerdocio, socaba los cimientos del edificio inmoral é irreligioso del poder temporal y espiritual que levantó y trata de sostener el Romanismo.

Nos ceñiremos solamente á aquellos que niegan *á priori*, olvidando lo axiomático que es: que la duda en lo que no conocemos, en lo que no estudiamos es ley; es legítimo *derecho*, es llenar el *deber* en lo que concierne al progreso humano; pero negar sin estudiar la materia en cuestion; negar por no encontrarse en el verdadero estado de comprenderla para poder juzgarla con algun acierto, es ilegal, es hacer uso de ilegítimo *derecho*, es, en fin, faltar al *deber* que pesa sobre todo hombre de coadyuvar al humano progreso.

En la tierra no existe, ni puede existir sér alguno que lo sepa todo, todo; y que nada ignora dice claramente quien niega exista lo que otro ú otros ven, tocan y estudian; se cree poseedor de la *ciencia infusa*, superior á los demás hombres, ó cae en la debilidad de manifestar que no es necesario el concienzudo y constante estudio, para tocar, *magistralmente*, cualquier materia.

Debilidad que solo proporciona decepciones.

Debilidad que entorpece el desarrollo intelectual del mismo sér que niega; porque el amor propio ciega en él la via por la cual el hombre alcanza el verdadero saber, y entorpece su necesario é imprescindible progreso, que debe y puede conseguirlo al estudiar para saber, saber para comprender, comprender para encontrarse en estado de poder juzgar con algun acierto.

Como puede oponérsenos por argumentos contrarios á lo que sostenemos: Que no es el número de creyentes quien siempre entrañó la verdad: Que muchos sábios han negado verdades y sostenido errores, y sobre todo que somos muy poca cosa; no haremos mencion del número de hombres, reconocidos como científicos, que creen, propagan, y con especial esmero siguen estudiando el Espiritismo; no nos apoyaremos en lo mucho del Credo Espiritista que afirman los adelantos ya adquiridos en las diversas ramas de la ciencia; dejaremos á un lado el especial esmero que siguiendo la senda que cruzan los verdaderos Espiritistas, hemos tenido y esperamos tener, no solo para no ser mistificados, si no tambien para combatir sin tregua ni descanso todo falso Espiritismo, toda explotacion de esa ciencia y doctrina moral que consuela y dá vigor á el alma en las más duras ó mayores de las vicisitudes por las cuales pasa el hombre en este planeta; dejaremos y como cosa baladí los veinte y dos años que llevamos ya en el Espiritismo; en gracia á la cuestion, olvi-

daremos que, cuando lo conocimos, nuestra íntima creencia era la *nada* despues de la presente vida, y nuestro goce (entónces) buscar los medios para negar la existencia de Dios: creencia y negacion que destruyeron los Espíritus que se nos manifestaban á nosotros mismos, solo á nosotros, dándonos lecciones enteramente opuestas á cuanto creíamos, pulverizando nuestras negaciones hijas de nuestra ceguedad, que nuestro amor propio creaba y sostenia dándolas vida ficticia, y como ficticia refractarias á nuestro adelanto.

Lecciones que eran no solo contrarias á nuestras arraigadas convicciones, sino tambien muy superiores á nuestro escaso saber, y por lo tanto, mal, muy mal, podian ser obra nuestra, desde que en el fondo y forma se manifestaban ajenas á lo que habiamos podido alcanzar deletreando en el saber humano.

Pero si bien no haremos valer cosa alguna lo antes citado, que para el hombre sensato y estudioso son, y pueden ser argumentos dignos de consideracion; raciocinaremos un muy corto rato á fin de ver si conseguimos se nos haga justicia; ya que no consigamos hoy aquello por lo cual sin temor y sin recelo alguno trabajamos confiados en que, el tiempo, el *despues* de hoy demostrará que bien y verdad es lo que propagamos, bien y verdad que entónces serán, no solo admitidos, sino tambien mirados como naturales y precisos.

Asi sucedió con todo paso que la humanidad ha dado en su progreso.

Asi sucederá hasta que el hom-

bre se estudie para conocerse y comprender hasta donde llega su adelanto, hasta donde llega su saber, y lo que su ignorancia le imposibilita, le veda, juzgar con acierto.

Se cree imposible la manifestación del hombre que fué, al que hoy lo es, ó mas claro y preciso; se niega rotundamente que el alma ó espíritu del que dejó la tierra se nos manifieste de uno ú otro modo.

Aquellos á quienes consideramos más capaces, porque demuestran verdadero saber, fundamentan su negación en que no existen hechos sobrenaturales; fundamento que no tiene razón de ser desde que el Espiritismo no solo niega existan hechos sobrenaturales, sino que demuestra claramente: que quien dá vida á esa sobrenaturalidad es la ignorancia de las leyes que rigen al mundo moral y al material; por lo que nos creemos obligados á decir á los mas capaces, á los verdaderos sábios que niegan el Espiritismo, si poseen el conocimiento de todas las leyes que rigen la creación, y por consecuencia son dueños de los principios y el fin hácia el cual todo lo creado se dirige.

A los otros que niegan *porquesi*, no por demostraciones lógicas, científicas ó razonables, diremos: Que niegan sin conocimiento de causa, imitando los actos de los que viven en la mas crasa ignorancia, como tambien á los espíritus ligeros que, en toda cuestión y por mas que sea de general interés, dicen: «Eso yo no lo comprendo, no lo conozco; y poniendo la diestra sobre el hueso frontal dicen: *aquí no entra*, y para no quebrarme la cabeza en saber si

es verdad ó nó, lo mas fácil y cómodo es negar, reir ó procurar que otros ríau, á fin de formar atmósfera, y que huyendo de ella y del ridículo no se presente alguno demostrando que soy.... un atolondrado.»

A los unos y á los otros recordaremos que el pasado de la humanidad es lección severa, como tambien ilógico é irrazonable olvidarla.

Que la experiencia, cualidad que muchas y muchas veces salva al hombre de errores, de aberraciones y de peligros; que la experiencia, que es quien muchas veces nos demuestra lo cierto y lo falso, lo bueno y lo nocivo, solo se adquiere por medio del estudio, del trabajo asiduo, de la perseverancia, y, siempre experimentando.

Sobre la materia en cuestión experiencia hemos adquirido, no por favor, si por nuestros propios esfuerzos, por lo que creemos injusto, ilógico é irrazonable se califique de aberraciones al espiritismo, y por consecuencia que de ellas adolecemos los espiritistas que hemos visto, tocado y estudiado con esmero las manifestaciones del Espíritu desencarnado.

A los hombres sensatos, y por más que duden de la verdad del Espiritismo, rogamos digan donde se está manifestando la aberración.

En quienes vén, tocan, y estudian las manifestaciones espiritas no cabe la aberración, como en justicia cabe en quienes niegan porque no vén, no tocan, y sobre todo no estudian cual merece ser estudiado el Espiritismo.

Como no hay peor sordo de aquel que no quiere oír, ni ceguera más te-

naz que la del ciego de propia voluntad; los que niegan no nos pidan se les convenza, convénzanse estudiando; porque aunque obren de buena fé, y con sano deseo, es preciso no olvidar que el hombre solo progresa por el trabajo y los esfuerzos propios, no por los ajenos.

Estudien sin pasion ni ideas preconcebidas, y cual la gran mayoría de los Espiritistas, por medio del estudio consiguieron convencerse, ellos á su vez tambien se convencerán.

De no obrar así, y siguiendo la marcha de esos negadores, todo lo existente se puede negar desde que el hombre es relativo: relatividad que unida al número que forman los humanos, y negando todos y cada uno aquello que no vén, no tocan, ni estudian, nada existiria entre los hombres que pudiera libertarse de *tan racional, exacta y justa negacion*, hecha por algunos, del Espiritismo.

El Espiritismo dice al hombre: Estudia, pero sobre todo estúdiate.

Es ciencia cuya base es la esperi-
mentacion.

Ciencia cuyo estudio está abierto para todos, que no se impone, al contrario, es tan libre como que proclama el libre exámen, é inclina á los creyentes al ejercicio de su libre albedrio, pero sin coartar de modo alguno el de los demás.

Tan beneficioso es su estudio y profesion, que amorosa y blandamente empuja al hombre hácia su progreso, y le enseña que, una vez adquirido cualquiera de sus indefinidos grados, debe emplearlo en

procurar lo consigan sus hermanos los hombres.

Tan consoladora es, que enjuga las lágrimas, que temple los dolores, que fortalece el ánimo del hombre á fin de que sobrelleve los infortunios, los trabajos, y todas las miserias y penalidades de la vida, haciendo que la amemos, y que no luchemos, ni deseemos, acortarla por medio del crimen de leso-adelanto humano: crimen que conocemos por el nombre de *suicidio*.

No tiene dogmas, ritos, ni ceremonias.

Entre los espiritistas no existe otra superioridad que la del saber unido á la virtud.

Solo encarga amar y rendir culto interno á Dios en Espíritu y Verdad, y dice: vé en todo hombre un hermano al que debes amar como te ames á tí mismo, al que debes igual proteccion, idéntico apoyo, la misma caridad que desees y pidas cuando sufras.

Tiene por bandera: *Amor*, y por lema ó escudo: Hacia Dios por medio del voluntario y continuo ejercicio de la *Caridad*; por medio del *Saber* alcanzado por el constante estudio de la creacion, obra del Padre Celestial.

Como toda ciencia, no es, no puede, ni debe ser responsable de errada interpretacion, de equívoca ó mala explicacion que de ella diere el hombre, desde que el hombre no es la ciencia, si bien la ciencia es para el hombre.

Si eso son ABERRACIONES, desde ya confesamos son la base del Espiritismo.

¡Ojalá, y para bien de los huma-

nos, todos adoleciéramos de esas aberraciones, porque entónces sería un hecho en la tierra el reinado de *Amor y de Justicia!* . . .

J. de E.

Disertaciones espiritistas

— Circulo de las Piedras.

M. J. de J. B.

CONSEJO

El primer deber del hombre que anhela su progreso es, procurar estudiarse hasta llegar á conocerse. Cuestion es esta de suma dificultad, especialmente para el hombre á quien domina la degradante pasion del orgullo, que es, entre las muchas que afectan á la humanidad, la que mas entorpece la inteligencia, ofusca la razon, y ahoga el sentimiento.

Otro deber existe no ménos importante, y es, procurar comprender la mision que se trae á este planeta; donde las malas pasiones están continuamente en pugna con el progreso moral é intelectual del individuo, que si no lucha contra ellas le atan al carro del retroceso; donde la vida comparada con la eternidad de su existir, es ménos que el átomo comparado al universo.

Una voz secreta, íntima, la intuicion dice al hombre en todo momento, y con especialidad en los dias de sus grandes dolores, cuando contrariado por lo que el vulgo llama fortuna nada le sale segun desea, que no puede terminar en la tierra una existencia que vé desaparecer con asombrosa velocidad, para que quede sepultado en el olvido todo

cuanto concibió su mente de grande, de verdad, de armónico, de bello; todo lo que fué y es objeto de su amor, todo lo que quisiera, en fin, gozoso contemplar al levantar el velo que le oculta la infinita naturaleza; misterio que la mente admite á pesar de lo rebelde y refractaria que suele manifestarse en los dias de sus goces materiales, en esos dias que el hombre no es dueño de elevarse sobre sí mismo.

Una virtud sin la cual no es posible el progreso, es la paciencia. Por que el hombre paciente obra regularmente con tino, no está sujeto á errores hijos de la precipitacion, que suelen causar perjuicios morales y materiales, haciendo á veces partícipes de ellos á quienes estén en contacto con él, ora sea la familia, ora los amigos.

Por una mala interpretacion, si bien hija de la ignorancia ó del orgullo, no se suele dar á las cosas su verdadero sentido; se deja al mismo tiempo crecer la zizana, y cuando el mal viene á conocerse que es por los males que acarrea, se vá haciendo más difícil la estabilidad del buen orden, porque la desinteligencia echó sus raices en el amor propio, y este, casi siempre intransigente, cree encontrar mengua donde solo existe la verdadera elevacion moral.

Con razon repetí que el mal es hijo de la ignorancia.

Es preciso desengañarse. Es preciso oir la voz íntima de la conciencia. Es preciso no olvidar que el progreso no puede conseguirse á saltos, sino marchando con paso lento, pero seguro, por el recto camino de la virtud.

Abandonad las pretensiones de ser siempre los primeros ejerciendo el derecho de superioridad sin razón y sin justicia, pues esa misma pretension y ese ejercicio son suficientes para que os acuse vuestra misma conciencia si la consultais en el recogimiento diciéndoos que: sois injustos, que faltais á la ley de amor.

Procurad, si, ser de los últimos. ¿Acaso precisa el creyente el auxilio de la humana justicia? ¿No existe para él, como para todos, el gran tribunal de la vida positiva, ante cuyo fallo se anonadan todas las pretensiones hijas de la mentira? ¿Qué importa que el mundo, á quien sutil engaña el astuto, le tribute veneracion y gloria, si el juez infalible tiene dado ya su fallo del cual no puede apelar sino por medio de la reparacion del mal obrado?

Por una ley de rigurosa justicia el hombre sufre todo lo que ha hecho sufrir. Sufrir porque conoce que obró mal, y él mismo se impone la pena merecida, de propia voluntad viene á saldar la deuda.

El conocimiento de esta ley, á lo cual debe aplicarse el espiritista, será suficiente para contenerse y no dejarse deslizar con tanta facilidad como suelen muchos deslizarse por la resbaladiza pendiente de los vicios, y le hará comprender á la par que es preciso reparar los males á tiempo, antes que ellos tomen creces y se tropiece con mayores dificultades.

La indulgencia es virtud muy necesaria: ella forma la base de la concordia, de la union, del amor. Aquel que más herido se encuentre, ese es

el que con mayor razón debe emplearla en bien de sus mismos ofensores, y sin dar lugar á que éstos se desmanden. Porque es preciso educar, es preciso dar bueno y continuo ejemplo, es preciso comprender que sin perdonar y amar no hay progreso, y que de no obrar así siempre os hallareis en el mismo espinoso camino. Es preciso, en fin, que os ameis como el Padre os ama, y ha enseñado á amar aquel que murió no solo perdonando, sino tambien rogando por sus enemigos.

Orad, hermanos, orad cuando os viereis en camino del mal, y no olvidando que el tiempo huye veloz, y con él los dias de vuestra terrena existencia: Que de uno á otro momento debeis desaparecer de esa morada que vinisteis á habitar, y sobre todo, que vuestro objeto es subir y siempre ir subiendo, llevando y avivando en vuestro espíritu el germen fecundo del amor divino.

Angel guardian.

La víctima es el verdugo

I

La conciencia es el primer libro de moral que poseemos, y es el que más debemos consultar.

Pascal.

El álbum de nuestros hechos no debió consultarlo nunca un hombre que se llamaba Marcelo, el cual quedó viudo, y olvidando el recuerdo de su esposa, y separándose de dos hijas pequeñas que le quedaron, confinándolas en un asilo de beneficencia, pagando por su manutencion lo menos posible, se quedó dueño absoluto de unos veinte mil duros, patrimonio exclusivo de sus

hijas, el amor de otra mujer sedujo su atención, y no se volvió á acordar que dos criaturas inocentes gemían esclavizadas por la miseria y el abandono. Una de ellas, alma de fuego, logró salir de su encierro, y se puso á trabajar para ganarse el sustento.

Sin entrar en pormenores de la vida de ella, solo diremos que se casó, y que aunque tarde pudo recobrar la herencia judicialmente, diciéndole el defensor de ella al padre. No le pese á V. devolver á su hija lo que le pertenece, puesto que ella será la que le dé su apoyo y su sosten, cuando llegue V. al último tercio de su vida. Su hija Sara es un alma que no sabe odiar» y así fué; cuando Marcelo, efecto de sus vicios y desaciertos quedó reducido á la miseria, Sara corrió á su lado, le prodigó los cuidados más tiernos, adivinando sus pensamientos, previniendo sus más insignificantes deseos, convirtiéndose en la sombra de su padre que la miraba con profunda tristeza, y á veces cuando ya no podía resistir más, lanzaba un suspiro de angustia y decía á Sara:—Vete, quiero estar solo, sin duda alguna entonces se encontraba mejor, porque no veía á su víctima convertida en su verdugo.

Para las almas culpables debe ser preferible el desprecio, el odio, la imprecación, todo menos la compasión y el olvido de sus crímenes.

¡Cuán desgraciado es el criminal! La venganza le irrita, y el perdón le humilla, le exaspera, porque nunca nos asusta tanto la sombra como cuando nos deslumbra la luz.

II

Maria era una mujer encantadora, pero tenía un corazón de hiena. Se casó por una apuesta con Juan, y lo olvidó por capricho, dejándole un niño de pocos meses. Juan se fué con su hijo al Nuevo Mundo, y nadie supo más de él, y Maria siguió viviendo alegremente durante muchos años, pero al fin agostó su belleza y arrastró una existencia llena de humillaciones y de miserias.

Alguna vez se acordaba de su marido, y de su hijo, y cuando alguna de sus amigas le decía: «Si Juan supiera que estás así quizás te socorrería porque él tenía un alma muy buena» ella entonces temblaba convulsivamente, y exclamaba con dolorosa impaciencia: «No, no, no quiero verle por nada del mundo.»

Así las cosas, un día fué un jóven á su casa, y le dijo que estaba encargado por una sociedad de distribuir algunas limosnas á pobres vergonzantes, y habiendo sabido que ella era una persona necesitada la llevaba un pequeño socorro, y le entregó cien reales, preguntándole si en la casa había otra familia desgraciada. Maria le indicó sus vecinas, las de la bohardilla inmediata, y durante algunos meses el jóven llevó puntualmente diez duros mensuales.

Al fin una tarde la dijo que se preparara á recibir la visita de un padre de almas, pues deseaban sus protectores que hiciera una confesión general. Maria accedió muy gustosa, y se preparó á recibir cristianamente á su desconocido protector, y á la hora que el jóven le había fijado llamaron suavemente á la puerta; ella abrió y lanzó un grito de horror,

porque en vez del sacerdote que esperaba encontró á su marido que la atrajo hácia sí, y la dijo con acento evangélico: «No temas, pobre pecadora, he aprendido á rezar el Padre Nuestro, y te he perdonado hace tiempo para que Dios me perdone. Nuestro hijo nada sabe de tu historia, á mi es al que cree culpable; de consiguiente te amará y respetará. Ven á reanudar tus primitivos lazos, yo no quiero que vivas sola cuando tienes un hijo que te puede amar.»

Maria solo le contestó vertiendo mares de llanto, y en aquella misma noche marchó con su marido y su hijo (que era el jóven que le llevaba la limosna) á un pueblo cercano, donde se vió rodeada de todas las comodidades apetecibles, y de las mayores atenciones por parte de su hijo, más antes de cumplirse seis meses de estar Maria al lado de su marido aquella infeliz se arrojó al pozo de la casa, dejando una carta escrita para su esposo que decía así:

«Juan, tu generosidad me abrumba y me falta aire para respirar; las caricias de mi hijo son un tormento horrible para mí. Su ternura es mi mayor castigo y no tengo valor para soportarlo por mas tiempo. Que Dios tenga piedad de mí. Si supiera amar te amaria, tengo vergüenza de mi misma, y huyo de mirarme. Adios.»

Aquella infeliz ignoraba que el alma vive siempre, y sabe Dios cuanto tiempo estará mirándose, sintiendo las caricias de su hijo, y viendo el abismo donde precipitó su materia. ¡Pobre María! roguemos por ella.

III

Julia era una jóven encantadora, aristocrática, verdaderamente distinguida, adorada de su marido y de sus hijos. Su esposo tuvo que hacer un largo viaje, y ella se quedó en Madrid entregada al cuidado de sus dos pequeñuelos.

Sin saber como ni cuando un hombre la dijo que la amaba, y ella olvidó al esposo ausente, entregándose con locura á una pasión que decidió de su porvenir. Cada carta que recibia de su marido era un puñal agudísimo que clavaban en su corazón, porque él la decia, que estaba tan seguro de su virtud, que no habia un hombre en el mundo mas feliz que él.

Al fin volvió el esposo de Julia, y como si todo se conjurara para cubrir la falta de aquella pecadora, nadie le dijo nada de lo que ocurría al marido ofendido, y éste siguió cada vez mas enamorado de su mujer, la que vivia en una lucha terrible, porque aunque dice un poeta:

Un amor puede importuno
Matar al hombre más grave;
Dos amores. . . . no se sabe;
Que hayan matado á ninguno.

Podrá ser cierto lo que dice el poeta, pero tambien nos consta que Julia no vivia entre su marido y aquel otro delirio de su vida que era su sombra por todas partes.

Casi deseaba que hubiera un lance, una crisis, un rompimiento cualquiera, pero nada sucedia, y ella que era buena, que no era una alma acostumbrada á la doblez del vicio, el peso de su falta la torturaba de un modo inaudito, y su salud se resintió hasta el extremo que los médicos

temieron por su vida: entónces el marido creyó volverse loco, y Julia maldecia su extravio, pasando una vida de martirio.

Al fin no faltó quien dijera al esposo de Julia que ésta le era infiel, y aquel, ébrio de furor, creyendo que era una horrible impostura, juró lavar con sangre tamaña ofensa, y contó á su mujer lo que pasaba, diciéndola: «¡Dudar de tí, ángel mio, caro ha de pagar tal osadia!» Julia al oír esto tomó una resolución desesperada, y le dijo: «Es necesario se suspenda ese duelo: Ese dicen que dicen, es una triste verdad.»

Su marido la miró con dolorosa sorpresa, y exclamó con angustia indescriptible: — «¡Dios mio, se ha vuelto loca. . .» y corrió desalado á buscar varios médicos.

La noble confianza de su esposo acabó por enloquecer á Julia, porque el remordimiento más horrible envenenó su vida, y murió diciendo á su marido: «Dime que maldecirás mi memoria, y moriré tranquila.»

Ella fué víctima de un extravio y verdugo de sí misma!

¡Desgraciado de aquel que comete un crimen! pues aún cuando muchos al parecer quedan impunes, resta luego la erraticidad. No basta decir: «Bueno, si he pecado volveré á la tierra, y en paz.» No, ese es un gran error, segun dice un Espiritista y es muy lógico y cierto, porque si á nuestro autojo pudiéramos huir de los remordimientos y decir: «Vuelvo á la tierra ó voy á otro mundo de ignatas condiciones, y al unirme á un nuevo cuerpo olvido y nada debo de mi pasado: de este modo, sería muy cómodo el pecar, puesto que

no quedaba memoria de nuestra falta, sino momentáneamente; pero la razon natural nos dice que no debe ser así. Si al encarnar perdemos la memoria, de alguna manera hemos de pagar nuestras deudas, no inconscientemente como lo hacemos cuando vivimos en la tierra, sino dándonos cuenta del porqué de todas las cosas, sintiendo un dolor íntimo, esa amputacion dolorosa que sufren nuestro orgullo y nuestra imperiosa altivez. Conociendo nuestra pequeñez, nuestra flaqueza, nuestra triste condicion, sin velos, sin subterfugios, claramente, á la viva luz de los hechos consumados que no tienen accion retrospectiva.

Aquí decimos cuando damos un mal paso: me cegó la pasion, ó me obligó la miseria, me arrojaron al mal, ó no sabia las consecuencias que esto habia de tener; ora las circunstancias empujan al hombre, bien sabe Dios que yo no queria, en fin, siempre se cree uno salvo queriéndose engañar á sí mismo; pero ante la verdad del vivir del espíritu es cosa muy diferente. Entonces se vé que pecamos porque nos inclinábamos al mal, porque el camino de perdicion es siempre el más ancho y más corto, porque tenemos pereza de obrar bien, porque todos queremos vivir un dia, envidiando la dicha de los demás, y decimos: «Es preciso gozar algo, todo no ha de ser sufrir; sin querer comprender que no hemos nosotros de buscar el goce, sino éste es el que ha de venir á nosotros cuando seamos dignos de gozar.

No por derribar obstáculos estos desaparecen, porque si se quitan de

nuestra vista en la tierra, reaparecen múltiples en la eternidad.

Nuestro primordial deber es ser buenos, porque siendo buenos ya llegará el día en que seamos felices.

Compadezcamos sinceramente á los criminales, porque se desheredan á sí mismos durante siglos de siglos.

Dichosos los hombres que aun cubiertos de harapos digan al acostarse: Señor! no creo que hice daño á nadie, y se duermen tranquilamente sin conocer lo que es el remordimiento.

¡Bendito sea el Espiritismo que ha venido á decir á la humanidad: Tu vida es eterna; eres dueña de tu porvenir, elije á tu placer entre la sombra y la luz!

El bien es el progreso, el mal es el estacionamiento; progresa si quieres ser grande; progresa si quieres ser libre!

Progresa raza humana, que eres inmortal!

Gracia.

Amalia Domingo y Soler.

**Habla Alfredo Russell
Wallace (1)**

«Estos fenómenos están bosquejados en el escrito á que nos hemos

(1) «Defensa del Espiritualismo moderno,» por Alfredo R. Wallace, Miembro de la Sociedad Real, autor de la Historia Natural del Archipiélago Malayo, de Exploraciones en el Amazonas, de la Teoría de la Selección Natural, etc., etc., etc. Obrita escrita en inglés.

La traducción al castellano, es debida á nuestro querido hermano D. J. Arnaldo Márquez, quien al proporcionarnos el inmenso placer de conocerle y estrecharle la diestra, nos favoreció con un ejemplar de la obra. J. Arnaldo Márquez, infatigable obrero del Espiritismo, como médium, como escritor y como investigador de la ciencia Espirita, pasará probablemente á Europa; lo avisamos á nuestros hermanos de allende los mares.

referido, y serán descritos detalladamente en un tomo que se está preparando. No fatigaré, pues, á mis lectores repitiéndolos aquí; pero observaré que estos experimentos, como prueba y evidencia, tienen un peso mayor que el que se les debería reconocer: solo descansarán en el testimonio de cualquier hombre de ciencia, por muy distinguido que fuera; porque son, casi sin escepcion, confirmaciones de lo que innumerables testigos anteriores han atestiguado en diversos lugares y variadas condiciones, durante los últimos 20 años. En toda investigación experimental, sin escepcion alguna, la confirmación de los hechos aseverados por un observador anterior, se considera añadir tanto al valor de ellos, que nadie los trata con la misma incredulidad que si los oyera por primera vez. Y cuando la confirmación se ha repetido por tres ó cuatro observadores independientes, en circunstancias favorables, y no hay contra ellos nada más que teoría ó evidencia negativa; los hechos son admitidos, provisionalmente, al ménos, hasta que sean refutados por pruebas de mayor peso que las que los apoyan, ó por haberse descubierto la causa exacta del error de los observadores precedentes.

Pero en el caso actual se sigue una línea de conducta que no puede ser más contraria á la razón y á la filosofía. Cada nueva observación confirmatoria de una evidencia anterior, es tratada como si fuera presentada por *primera vez*; y se pide una nueva confirmación para ella. Y cuando viene la nueva é independiente confirmación, se exige toda-

via una confirmacion para ésta, y así hasta el infinito.

Este es un excelente modo de no reconocer y de ahogar cualquier nueva verdad; pero es tal la ubicuidad con que ocurren los hechos del Espiritualismo,—en Inglaterra se denomina así al Espiritismo—y su índole tan indisputable, que todo investigador sincero se ve compelido á la conviccion. Por esto sucede que aunque cada nuevo convertido no ha prestado su asentimiento sino cuando ha visto reproducirse una buena parte de la série de hechos demostrativos, el número de estos neófitos ha ido aumentando constantemente en un cuarto de siglo. Sacerdotes de todas las sectas, literatos y abogados, gran número de médicos, no pocos hombres de ciencia, secularistas, escépticos, filosóficos, materialistas puros, todos se han convertido merced á la abrumadora lógica de los fenómenos que les ha presentado el Espiritismo. ¿Y qué tenemos *per contra*? Ni la ciencia, ni la filosofía, ni el escepticismo, ni el sectarismo religioso, han conseguido en todo este cuarto de siglo convertir á uno solo de los creyentes del Espiritualismo.

En este caso, y apreciando en todo su valor el caudal de sinceridad, lealtad y conocimientos del asunto, desplegado por sus antagonistas; ¿es de admirar que gran parte de los espiritualistas sean ahora profundamente indiferentes á la opinion de los hombres de ciencia, y no quieran darse la pena de desviarse un solo paso de su camino para convencerlos? Ellos dicen que el movimiento está progresando con

suficiente rapidez; que se está difundiendo en fuerza de su verdad intrínseca, é infiltrándose y saturando lentamente todas las clases de la sociedad. Ha prosperado á despecho del insulto y persecucion, del ridículo y del argumento, y continuará prosperando, sea que lo confirmen grandes nombres ó nó.

Los hombres de ciencia, como todos los demás, son bienvenidos en sus filas; pero deben satisfacerse en virtud de sus propias y constantes investigaciones, y no esperar que las pruebas de su verdad les sean dadas sin esfuerzo ni trabajo de su parte. De ellos será la pérdida si rechazan esa verdad, pero no podrá afectar en lo más mínimo el progreso del Espiritismo. Los ataques y la crítica de la prensa, son sobrellevados con buen humor, y rara vez existen otros sentimientos que los de lástima por la voluntaria ignorancia, y desprecio por la abrumadora presuncion de sus autores.

Tales son los sentimientos continuamente expresados por los espiritualistas; y acaso no esté demás hacerlos saber á las gentes no iniciadas, para quienes la literatura del Espiritualismo es tan ignorada como la de los Vedas.»

Invencion inspirada

Cornelia A. Sheldon, de avanzada edad y enfermiza, residente en Belmont (Nueva York), acaba de inventar un aparato para salvar á las personas en peligro de perecer en un incendio. Impresionada por las desgracias acaecidas en Nueva York,

Brooklin y San Luis, en las que los medios conocidos fueron ineficaces, no tuvo un momento de reposo hasta tanto que hizo construir el modelo del «Salvador de Incendios», por el cual ha obtenido privilegio.

El aparato es sumamente sencillo, pues consiste en un marco que se ajusta á la ventana; de la barra inferior del marco pende una tela de un tejido á prueba de fuego, que no solo puede alcanzar hasta la calle, sinó mucho más, terminando con una barra en la que se lee: «Tomad esto y estiradlo». Arrojada la tela por la ventana á la calle, cualquiera que pase toma la barra y estira la tela en toda su estension, apartándola de este modo de las ventanas mas bajas por donde pueden salir llamas ó humo. Por la barra superior del marco corre una banda sin fin de lona que va á parar á la barra en la calle, la que sirve para que la persona se agarre y regularice el movimiento en la bajada; pero si los cooperadores en la calle tienen la barra firme y la tela bien tendida, no es necesario el uso de la banda, de modo que cualquiera niño ó enfermo que se coloque sobre la tela se desliza con rapidez, pero con to-

da seguridad, desde el edificio mas alto hasta la calle. Muebles, ropas y demás pueden salvarse tambien por este medio. Este aparato, que es de poco costo, tiene la ventaja de poderse tener siempre cerca de la ventana encerrado en una caja, pues así el colocarlo ó ponerlo requiere menos de un minuto.

El agente, señor Isaac C. Sheldon reside en Port-Chester, New-York.

(Banner of Light-Boston).

J. Henry de Llano,
Traductor.

A muchos de los romanistas

Si cristianos os creéis,
¡Porqué.... al hermano odiais!
¡Porqué.... caridad no haceis!
¡Porqué.... discordia sembrais!
Si el Cristo nos dijo: Amad.
No es cristiano aquel que odia,
Ni quien siembra la discordia
Practica la caridad.

A ruegos de un hermano, publicamos esos que quieren ser versos; pero que si no lo son, al ménos manifiestan un hecho indiscutible.

La Redaccion.